

Reflexiones de Fernando Pessoa

Me gusta decir. Diré, mejor: me gusta palabrear. Las palabras son para mí cuerpos tocables, sirenas visibles, sensualidades incorporadas. Tal vez porque la sensualidad real no posee para mí ninguna especie de interés -siquiera mental o ensoñable- se me ha transformado el deseo en aquello que dentro de mí crea ritmos verbales o los escucha de los otros. Estremezco si los dicen bien.

No lloro por nada que la vida traiga o se lleve. Pero hay páginas de prosa que me han hecho llorar. Recuerdo, como si la estuviera viendo, la noche en que, niño aún, leí por primera vez (en una antología) aquel célebre pasaje de Vieira sobre el rey Salomón: "Fabricó Salomón un palacio..." Y seguí leyendo hasta el final, trémulo, confuso; después rompí a llorar con lágrimas felices, como ninguna felicidad real me hará llorar, como ninguna de las tristezas de la vida me hará imitar.

Vemos y oímos mejor -en el sentido de que vemos más completa e interesantemente- cuanto más amplia e informada sea la inteligencia que hay por detrás de nuestro ver y oír. Por eso dijo Blake con toda razón: "Un necio y un sabio no ven el mismo árbol".

Encuentro un significado más profundo que en el aroma del sándalo, en unas viejas latas que yacen en el montón de inmundicias, en una caja de cerillas caída en la cuneta, en dos papeles sucios que un día ventoso ruedan y se persiguen calle abajo, que en las lágrimas humanas. La poesía es asombro, admiración como la de un ser caído del cielo en plena consciencia de su caída y atónito ante las cosas. Como la de alguien que conociese el alma de las cosas y se esforzara por recordar ese conocimiento recordando que no era así como las había conocido, no con esas formas y en esas condiciones; pero no recordando nada más.

Un hombre puede recorrer todos los sistemas religiosos del mundo en un solo día con perfecta sinceridad y trágicas experiencias del alma. Para poder hacerlo a de ser un aristócrata -en el sentido con que empleamos aquí esta palabra- Afirmé

cierta vez que el hombre culto e inteligente tiene el deber de ser ateo a mediodía, cuando la luz y la materialidad del sol todo lo penetran, y católico ultramontano a la hora precisa de después de la puesta del sol, cuando las sombras aún no han concluido su lento envolver la nítida presencia de las cosas. Hubo quien pensara que se trataba de una broma. Sólo traducía, no obstante, cierta experiencia personal en prosa rápida (escribí tal afirmación en un periódico). Habiéndome acostumbrado a no tener creencias ni opiniones, no fuera a debilitarse mi sentido estético, en breve terminé por no poseer ninguna personalidad, excepto la personalidad expresiva; me transformé en una mera máquina apta para expresar estados de espíritu tan intensos que se convirtieron en personalidades e hicieron de mi propia alma la mera cáscara de su apariencia casual.

Fijar un estado de alma, aunque no lo sea, en verso que lo traduzca impersonalmente; describir las emociones que no se han sentido con la misma emoción con que se sintieron -tal es el privilegio de esos que son poetas porque si no lo fuesen nadie les creería.

Hay poetas que lo hacen conscientemente, como Fernando Pessoa.

Soy demasiado amigo de Fernando Pessoa para hablar bien de él sin que me sienta mal: la verdad es una de las peores hipocresías a que obliga la amistad.

Si el lector encuentra injustas las palabras precedentes, suponga que he escrito las que él cree justas. Lo que esté bien estará bien sin ninguno de los dos.

Por lo demás, el único prefacio a una obra es el cerebro de quien la lee.

Fernando Pessoa, figura cumbre de la poesía portuguesa.

SUPLEMENTO DE LA CULTURA ORUREÑA

DIRECTOR: Luis Urquieta Molleda
CONSEJO EDITOR: Alberto Guerra Gutiérrez
Eduardo Kunstek Montaña
Edwin Guzmán Ortiz
Erasmus Zarzuela C.
COORDINACIÓN: Berny Salinas Aramburo
Benjamin Chávez Camacho

Zona Franca Oruro con nuestra Cultura